

Conservadores y liberales en México*

**Ensayo de sociología y geografía políticas,
de la independencia a la intervención francesa.**

François Chevalier

Escoceses y Yorkinos, Unitarios y Federalistas, Moderados y Puros, Mochos y Chinacos, Verdes y Rojos, más tarde Monárquicos y Republicanos... Con estos nombres y otros muchos, diferentes partidos de tendencias conservadoras o liberales (con bastantes variantes al principio) lucharon entre ellos durante las cuatro o cinco décadas que siguieron a la independencia; a veces más como facciones en armas que como verdaderos partidos políticos.

Si los principios y las ideas que invocaban, en gran parte infundidas por Europa y los Estados Unidos, son conocidos (en mayor grado los de los liberales), sus metas particulares, confesadas o no, y sobre todo los orígenes sociales de unos y otros, su distribución geográfica en el país y los clanes locales, se conocen mucho menos. Se tendrán que estudiar sistemáticamente para comprender mejor la historia confusa y turbia del México de esa época, depurando la abundante prensa política de la época, puesto que aquí sólo se trata de dar un esbozo y una simple orientación para tal estudio,

Los conservadores

Aunque el nombre no aparece en México sino hasta 1846 (según J. Bravo Ugarte), la tendencia política es visible desde las guerras de independencia. Para esos conservadores anticipados, en particular para los criollos y gente de Iglesia, el ideal era el régimen español previo a la independencia, pero sin España, dirigiendo ellos mismos el gobierno y ocupando los cargos antaño en manos de los peninsulares. Algunos de ellos deplorarían también las reformas de finales del siglo XVIII, a juzgar por las revisiones, especialmente las relativas al trabajo de las haciendas (¿pero son sólo hechura de los conservadores?). Una sociedad fuertemente jerarquizada, que ellos dirigirían en adelante, les parecía el único orden posible y deseable. Por tanto, llevando su lógica hasta el final, muchos no se resignaban a un estado republicano. Sin hablar de los tiempos que siguieron a la independencia; desde 1840, una personalidad como Gutiérrez Estrada preconizaba el establecimiento de la monarquía en México. La persistencia de los disturbios y la invasión de las provincias del norte crean un medio favorable para esta tendencia, y una mente distinguida como Alamán opina "Estamos perdidos sin remedio si Europa no viene pronto en nuestra ayuda" (1847). De ahí a que los tradicionalistas desearan denodadamente el imperio de Maximiliano (que pensaban sería una monarquía acorde a sus gustos) no había más que un paso, que se dio.

En el fondo, el partido conservador era el que mejor encarnaba el viejo espíritu criollo, del que el historiador mexicano A. Arnaiz y Freg ha llegado a decir que representaba "la cima de la escala española de los valores medievales". Marcel Bataillon ha encontrado, desde el siglo XVI, sobre todo entre los sacerdotes, los orígenes de la mentalidad de los "españoles americanos" "que se incluían en la sociedad colonial y adoptaban su mismo sentimiento

* Publicado en francés en *La intervención francesa y el imperio de Maximiliano, cien años después*, México, Asociación Mexicana de Historiadores / IFAL, 1965 (traducido por Ma. de la Soledad Alonso).

ambiguo de solidaridad telúrica y de superioridad respecto a los indios". Mostró vínculos entre estos curas y seglares de los siglos XVI y XVII que combinaban el sentimiento de que el establecimiento en América se debía a la Providencia, con la reclamación interesada de los privilegios políticos y sociales y, por otra parte, los criollos de la independencia que formaban una sociedad compenetrada por el espíritu del clero y que reivindicaban también una situación privilegiada en América a la vez como descendientes de los conquistadores españoles que como americanos solidarios con los indios —sin que a pesar de ello dejaran éstos de ser una clase protegida.

Aun Fray Servando Teresa de Mier, agresivamente republicano, estaba directamente influido por esas ideas cuando pensaba que los privilegios concedidos a los conquistadores a título hereditario y las leyes protectoras de los indios obtenidas por Las Casas y sus discípulos debían ser los fundamentos de una constitución o "carta magna de los americanos" (1813). En su tiempo, el "mestizaje honorable" no se rechazaba, como se hacía en el siglo XVII en razón de la pureza de sangre, pero existían de todas maneras prejuicios en contra de los mulatos.¹

Las guerras de independencia y la república modificaron la situación, ampliando la penetración de las "luces" en la mentalidad criolla y en el conjunto del país, tanto más cuanto que a ojos de los mexicanos, no habían sido comprometidas, como en España, por los "afrancesados" que pactaban con la invasión napoleónica de 1808. Más aún: las necesidades de la guerra y después las del gobierno habían impuesto a los criollos alianzas con mexicanos de modesta extracción, mulatos y mestizos, principalmente militares y guerrilleros cuyas reacciones estaban lejos de ser ortodoxas. Lorenzo de Zavala nos informa como, con Iturbide, generales y coroneles eran los miembros más influyentes de una secta masónica "de rito escocés antiguo" en la que se apoyó la tendencia conservadora que llegó casi a identificarse con este "partido escocés", pronto violentamente opuesto a un "partido de York" o "yorkino" de tendencia liberal, que se derivó en 1825 de otro rito masónico.

Estos defensores del antiguo régimen eran naturalmente "unitarios" o "centralistas" como el antiguo gobierno español, y enemigos de los "federalistas liberales" que se inspiraban en los Estados Unidos del Norte. Continuando con la tradición mercantilista del estado protector, el gobierno debía seguir controlando los intercambios y regulando toda la vida del país. En esa sociedad jerarquizada, ocupaban su lugar todos los cuerpos tradicionales, con todos sus estatutos especiales y sus fueros, desde la Iglesia omnipresente hasta las comunidades indígenas (protegidas como hijos menores), pasando por un cuerpo relativamente nuevo: el ejército cuya organización permanente databa de finales del siglo XVIII y sobre todo de las guerras de independencia, pero que, con sus excepciones y privilegios, se insertaba con toda naturalidad en el orden tradicional.

Al parecer, el partido conservador debe su popular nombre de "mocho" al más conocido de los generales, Santa Anna, que detentó el poder mucho tiempo. En 1838, una bala de cañón amputó (mochó) una pierna a dicho personaje, hecho que dio vuelo a la imaginación de sus compatriotas (enterró solemnemente su pierna). A los "mochos" se les llamaba también "los verdes", debido al color de su emblema (rojo el de los liberales), por el que uno de sus periódicos, se llamaba *El pájaro verde*.

¹ Marcel Bataillon, "Origines intellectuelles et religieuses du sentiment américain en Amérique Latine", *Annuaire du Collège de France*, s.l., vol. LIII, 1953, p. 277-284; y Servando Teresa de Mier, *Historia de la revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac, o verdadero origen y causas de ella con la relación de sus progresos hasta el presente año de 1813*, México, Cámara de Diputados, 1922, 2 vols.

Por otro lado, no había rigidez en partidos y opiniones. Los caciques y jefes locales podían cambiar de campo. Un observador mexicano, refiriéndose a lo que vio aún en el siglo XX, registra en una ciudad de provincia que "El verde y el rojo no tienen en Guanajuato una connotación ideológica. Se puede ser verde unas veces, rojo en ocasiones, según lo exija la conveniencia del momento político... Se es verde o se es rojo, en realidad por mero antagonismo a quienes detentan el poder..."² De ahí, excepto en círculos ilustrados, la importancia del jefe de fila, de la persona, de la facción y casi del clan en estas luchas de partidos de las décadas que siguieron a la independencia, en las que las ideas políticas, a menudo confusas, no eran siempre factores determinantes para la mayoría de los actores del drama.

Sin duda alguna, el pilar principal de la tendencia conservadora era la Iglesia mexicana de la cual, como se sabe, derivaba la mentalidad tradicional criolla. No obstante, el movimiento reformista se había fortalecido entre el clero desde antes de la independencia. Lectores de los grandes autores, muchos curas seguían las tendencias liberales y hasta participaban como tales en las luchas políticas, tanto más que desde 1831 no estaban controlados por el episcopado, cuyas sedes quedaron vacantes. Lorenzo de Zavala nos describe cómo un cura del estado de Tabasco, José María Alpuche, tuvo la iniciativa de fundar en 1825 logias masónicas del rito de York, opuestas al rito escocés cuyas tendencias eran unitarias y conservadoras. Curas rurales, que tenían contacto directo con los problemas de los indios, aparecían implicados en los levantamientos campesinos del siglo XIX (tan poco conocidos) y llegaron a formular las reivindicaciones agrarias. Bien es verdad que esta preocupación por defender a los indígenas sobrepasaba singularmente las doctrinas liberales de la época y se vinculaba con las ideas tradicionales respecto al papel tutelar de las autoridades en la materia.

Pero la Iglesia mexicana representaba más que nada un cuerpo social con fueros o privilegios —exención de los tribunales ordinarios, percepción del diezmo, teneduría de los registros civiles, etc.— así como un poder económico alrededor del cual gravitaba una amplia clientela. Como era costumbre, más que haciendas e inmuebles urbanos, poseía gran cantidad de "censos" hipotecarios que gravaban a las propiedades rurales y a las empresas en gran parte de su valor (que habría que calcular). Paternalmente, fungía también de banco, prestando sobre sus bienes a todos los que necesitaban liquidez de fondos, por medio de censos rescatables al 5%. Tanto desde el punto de vista del derecho canónico como de sus intereses materiales, se oponía evidentemente a los reformistas liberales que querían despojarla de las bases de su organización tradicional y de su influencia en el país. No quiso transigir, y el arzobispo de México, Labastida, tuvo discusiones extremadamente tempestuosas con Maximiliano y Carlota, que no aceptaban retroceder en la secularización de esos bienes que la reforma había decretado, perdiendo así el apoyo del sector conservador más poderoso.

Por otro lado, la Iglesia mexicana contaba con valiosos apologistas y filósofos que no se conformaban con posturas de inmovilidad. Sobre todo Munguía, obispo de Michoacán, que se opuso al liberal Ocampo en una animada controversia: el joven historiador Rafael Moreno nos muestra a estos dos eminentes hombres frente a frente, uno de los cuales, el prelado, renovaba las ideas tradicionales en su lucha contra el racionalismo liberal y el catolicismo moderno. Este "Balmes mexicano", según W. Jiménez Moreno, es en muchos aspectos un hombre de su tiempo que busca lo "útil" a través de diversas obras originales que aún se leen. Examinando una tradición medieval,

² Díaz Ruanova, "Los Rojos y Los Verdes" en *El Universal*, 2 de julio de 1959, p. 3.

es también el autor de una gran obra de síntesis filosófica en la que trata de encontrar los principios esenciales de la ciencia humana, de la "sociología" a "la crítica".³

Además de la Iglesia, parte de los terratenientes —pero sólo una parte— apoyaba la tendencia conservadora. Habría que conocer especialmente a las familias e individuos influyentes que se inclinaban hacia uno u otro parecer, su actitud ante el imperio, sus variaciones. En general, se dice que eran "mochos" los que mejor conservaban el espíritu criollo, en particular la nobleza mexicana que mantenía celosamente las tradiciones de la vieja España (a quien no había ya nada que reprochar desde que existía la seguridad de no ver a los peninsulares ocupar los mejores puestos y los beneficios eclesiásticos más importantes). Como el rico marqués de Jaral, según Aviraneta, y otros más que con nombres prestados nos pone a veces en escena un novelista contemporáneo, Payno.

El caso de los militares es distinto. Como es sabido, el ejército permanente databa sobre todo de las guerras de independencia. Lo habían organizado los españoles con muchos criollos como Iturbide, Bustamente, Arista, Santa Anna, etc., y también con oficiales y suboficiales mestizos. Poco después de la independencia, las rivalidades enfrentaron al antiguo ejército de línea con los "guerrilleros", los blancos con los mestizos o mulatos. Así, un comerciante español, Aviraneta, pensaba todavía que su país podría apoyarse en los generales mestizos para ir contra los criollos en el poder, a los que casi todos odiaban, como Victoria, Alvarez, Lobato, Guerrero, Bravo, Lagarza...⁴

Aunque todos estos soldados despreciaban la verborrea de los abogados liberales, no por ello eran más devotos ni más amigos del clero. Desempeñaron un papel preponderante en las diversas logias masónicas y Justo Sierra registra que oficiales como Negrete, Alatorre o Benavides rozan el anticlericalismo. ¿Cómo pues, este ejército de oficio pudo llegar a ser uno de los dos pilares del partido conservador? Es que debido al temor que causaban los militares lograron conservar y consolidar después de la independencia sus exenciones y privilegios de tiempos de guerra. Se creó un espíritu de cuerpo, un sentido particular del honor. El colegio militar proporcionó un molde. El ejército se convirtió en una especie de casta, unida al orden jerárquico de la sociedad y pronto vinculada con la Iglesia mexicana, quisiéralo o no, por la comunidad de intereses: la defensa de los fueros. Los partidarios de la Iglesia del antiguo régimen, a los que se enfrentaría Maximiliano, supieron convertirlos en los "soldados de Dios" (Justo Sierra) durante las luchas que presentaban como guerras religiosas.

No se puede reducir de manera simplista el partido conservador a un partido de la vuelta hacia el pasado caduco, al "partido del Retroceso" en oposición al "partido del Progreso", como decían entonces sus adversarios. O por lo menos hay que hacer constar que las ideas tradicionales dieron lugar a ciertas iniciativas acertadas.

México debe a Lucas Alamán, fundador del Partido Conservador en 1849, un cierto desarrollo de sus industrias textiles, al crear éste en 1830 el Banco de Avío, institución estatal que ayudó a los industriales a acrecentar y modernizar sus empresas y que parece una curiosa prefiguración de la actual "Nacional Financiera" mexicana, dedicada a "industrializar" el país.

³ Citado en mesa redonda del Instituto Francés de México, 29 de junio de 1961.

⁴ Eugenio de Aviraneta e Ibarгойen, "Mis memorias íntimas", en Luis García Pimentel, *Documentos históricos de México*. México, Moderna Librería Religiosa de José L. Vallejo, vol. III, 1906, p. 87.

El Banco estatal fue atacado y seguidamente destruido por los liberales que suprimieron también la protección aduanal concedida a las nuevas fábricas de tejidos nacionales. Pero Potash y Chávez Orozco⁵ han demostrado recientemente los efectos benéficos de dicho banco que existió hasta 1843. Según Bazant, la lista de fabricantes ofrecía entonces un 85% de nombres españoles, es decir mexicanos debido a la expulsión de los peninsulares en 1829. Con ello, los conservadores ganaron el apoyo de los industriales de Puebla y de otros lugares. Uno de ellos, Antuñano, amigo de Alamán, se convirtió en el apasionado campeón del desarrollo de la industria textil y de la introducción de maquinaria moderna, muchas veces en contra de los artesanos locales que temían verse reducidos al desempleo. Así pues, debe ponerse en el activo de algunos conservadores la mejor comprensión de las realidades económicas, claro que dentro de la tradición de los virreyes del siglo XVIII.

El partido conservador recibió también el apoyo de algunos jefes y caciques indígenas, más bien debido a errores de sus adversarios que a una acción positiva en su favor, salvo de manera efímera durante el imperio de Maximiliano. Las leyes liberales de reforma (1855-57), al mismo tiempo que el derecho de la Iglesia a tener posesiones, suprimían el de las comunidades indias que, con su estatuto propio, parecían un vestigio del antiguo orden jerárquico. Esta medida, que se había ya tratado de implantar en algunas provincias, como el estado de Jalisco, fue el origen de graves expropiaciones contra las cuales, por ejemplo, ponía en guardia un grupo de curas desde 1849. ¿Acentuó el malestar campesino y multiplicó los levantamientos indígenas en contra del gobierno liberal, dando así un cierto apoyo al partido "mocho" de oposición. Más durable fue el respaldo que los conservadores encontraron en Lozada, el famoso cacique de Nayarit (al oeste de México), de origen huichol, cuyas curiosas reivindicaciones agrarias merecen ser mejor conocidas; el de Mejía, de gran ascendiente entre los indios de la Sierra Gorda de Querétaro y entre algunos grupos indígenas, en general estrechamente ligados a sus curas.⁷

Si Maximiliano se negó, como es sabido, a devolver a la Iglesia sus propiedades por consejo de conservadores moderados y liberales aliados y por ser él mismo de tendencias indigenistas, promulgó en contra una efímera legislación agraria que siguiendo audazmente la línea de los virreyes reformadores del siglo XVIII, devolvía a las comunidades civiles su personalidad jurídica y su derecho de posesión (5 de julio y 15 de septiembre de 1865), liberaba a los peones de las haciendas (1º de noviembre de 1865) y dotaba de tierras a las comunidades que no las tenían (26 de junio y 15 de septiembre de 1866).

Estas medidas fueron muy criticadas por los propietarios y por la oposición y hasta por un ministro de Maximiliano, Morán y Crivelli, que veía en ellas el renacimiento de la legislación protectora de las "Leyes de Indias"

⁵ Cfr., Robert A. Potash, *El Banco de Avío: el fomento de la industria 1821-1846*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959, 281 p.; Luis Chávez Orozco, en diversos artículos publicados en *Excelsior* y en diferentes trabajos inéditos como su conferencia "Comerciantes e industriales. Sus empresas" en mesa redonda del Instituto Francés de México, 16 de mayo de 1961 (Ciclo: "México de la Independencia a la Reforma").

⁶ Cfr., "Sumisa representación de los curas párrocos de las parcialidades de San Juan y Santiago que elevan a la augusta cámara del Senado para que sirva tomar en consideración los males que se seguirían al reparto de estos bienes", México, 1849, 29 p.

⁷ Moisés González Navarro, "Instituciones indígenas en México independiente" en *Memorias del Instituto Nacional Indigenista*, México, Ediciones del Instituto Nacional Indigenista, 1954, vol. VI, p. 148.

(españolas) y protestaba en nombre de "la libertad absoluta" en la propiedad y el trabajo.⁸

El partido conservador era especialmente influyente en las principales ciudades de la mesa central, donde residía una antigua sociedad criolla y donde un clero regular y secular relativamente numeroso y poderoso se rodeaba de feligreses que vivían a su sombra, de sus haciendas, de sus capitales, de sus colegios, de su protección o de su caridad. Si en la capital, México, y en la zona cercana a Toluca el partido adverso era importante, los "mochos" por el contrario, dominaban completamente en Puebla, la ciudad tradicionalista y devota, repleta de iglesias y de conventos, donde además los propietarios de las principales industrias textiles del país apoyaban, como se sabe, el proteccionismo aduanal de los conservadores. De ahí el error del representante de Napoleón III, de Saligny, que aseguraba que el pequeño cuerpo expedicionario sería recibido con los brazos abiertos: contaba con las pocas tropas enviadas por Juárez a los fuertes que dominaban la ciudad. A pesar de la tibieza o de la hostilidad de los habitantes respecto a sus defensores, estos opusieron a los franceses, el 5 de mayo de 1862, una resistencia inesperada y muy eficaz que alcanzó en México un alto valor simbólico.

También de tendencias conservadoras eran Guadalajara y Querétaro, ciudades de antigua tradición criolla, plazas militares, con un clero poderoso y, sobre todo en la segunda, una industria de tejidos relativamente desarrollada. En las demás ciudades del centro, a decir verdad menos importantes, la opinión parecía más dividida, aunque los "mochos" influyeran todavía.

Las pequeñas ciudades del norte escapaban a los conservadores, así como, en general, muchas villas y pueblos predominantemente mestizos (pero no indígenas): según parece fueron sobre todo éstos los que combatieron a los "mochos" y los que formaron las guerrillas republicanas de Juárez contra el imperio.

Los liberales

Las ideas que invocaban los liberales mexicanos empezaban ya a ser conocidas. Las circunstancias históricas y el entorno social habían creado sin embargo cierta confusión de opiniones y programas de los partidos que se enfrentaban, sobre todo en la época de la independencia, así como más tarde, durante el imperio de Maximiliano.

Si bien es evidente que en algunos criollos "este inquieto deseo de un gobierno local" se fortalecía con las "luces" —fuente del liberalismo— como lo hacía notar Humboldt, no es menos cierto que en México, algunos de los hombres más ilustrados habían sido españoles peninsulares hostiles a la independencia, como el obispo Abad y Queipo, de ideas sociales particularmente precisas y avanzadas. En fin, muchos criollos, sacerdotes o seglares, que soñaban con la separación de España, se inspiraban aún en la filosofía española tradicional y bajo este signo antiliberal y conservador se liberaron, con Iturbide, en 1821.

Más de cuarenta años después, Maximiliano, que fue instalado en el poder por los conservadores y fusilado por los liberales, mantenía no obstante vínculos con amplios sectores liberales debido a sus ideas. Finalmente, caciques y jefes locales de todos los partidos arrastraban a veces tras ellos a individuos de opiniones muy diversas.

⁸ Cfr. *Diario del Imperio*, s.d., 18 de diciembre de 1865; Tomás Morán y Crivelli, *Observaciones al proyecto de reglamento presentado por la Junta protectora de las clases menesterosas sobre el trabajo de los peones y sirvientes de fincas rústicas*, México, Literaria, 1865, 24 p.

Después de la independencia, se vislumbró al fin en México un programa liberal. En el concepto de Libertad persistían ideas de los teólogos juristas de Salamanca y de Alcalá sobre el "Derecho Natural", según José Miranda.⁹ Obtener la libertad en todos los campos fue un "ideal sagrado", una "santa causa", como se proclamó al principio con optimismo y entusiasmo: libertad individual, libertad de expresión, libertad de comercio y de intercambio. También propiedad, federalismo (a pesar de la oposición de Mier), que fue uno de los artículos de fe de las logias del rito de York, en las que el enviado de los Estados Unidos del Norte, Poinsett, asumió un papel de primer plano según sus contemporáneos. En fin, igualdad de derechos para todos los individuos, que seguramente fue lo que más costó que los criollos ilustrados aceptaran, pero que les imponían los mestizos que habían apoyado a la independencia.

En 1824 —tardíamente en relación a Europa— se osó exaltar oficialmente el genio de Rousseau. Una difusión más amplia de sus ideas así como de las de Adam Smith y de sus continuadores, cuyas opiniones eran más radicales, y una actitud intelectual cada vez más avanzada, hizo que lo que quedaba de la filosofía tradicional entre los liberales mexicanos quedara rezagada. Desde 1833 muchos se proponían como objetivo esencial la supresión del poder temporal de la Iglesia, de sus propiedades y de sus privilegios; la secularización de la enseñanza y de la sociedad, aun cuando no declarasen siempre esas metas por razones de conveniencia: ese año, Gómez Farías trató de actuar y de realizar una primera "reforma" de la que J.M.L. Mora era el teórico; fracasó.

El optimismo del principio se desvanecía ante tantos desengaños y obstáculos. Las actitudes se endurecieron. A la ocupación de los yankis sucedió la guerra civil que se generalizó hacia 1854. A ojos de sus adversarios, los liberales pasaban por enemigos de Dios, "hacheros" —uno de sus apodos— que, según decían, rompían a hachazos las puertas de los conventos y de las iglesias. La mayoría reprobaban la violencia, que era provocada por guerrilleros incontrolados —como Rojas en Jalisco—, y muchos se proclamaban católicos y creyentes, tratando a veces de convencer a las autoridades eclesiásticas de que no eran enemigos de la Iglesia...

Aunque después de la independencia muchos militares eran liberales y francmasones del rito de York, la consolidación de los fueros del ejército regular parecía igualmente peligrosa e incompatible con el principio de la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley. A los ataques contra el poder temporal de la Iglesia, los liberales añadieron pronto sus acerbas críticas contra el carácter y la naturaleza del ejército. De ahí deriva el intento de Gómez Farías en contra de sus privilegios y de los del clero, frustrado por el general Santa Anna. De ahí también las severas páginas de Lorenzo de Zavala, y sobre todo las de José María Luis Mora en 1837, ataques cuyo fondo y forma recuerdan ya el tono y los argumentos habituales en la "izquierda" latinoamericana cuando critica hoy a las dictaduras militares del continente.

El apodo de "chinacos" que se da a los liberales refleja y subraya el reclutamiento irregular y el origen popular de las tropas liberales durante las guerras civiles de la época, desde los guerrilleros de los generales mestizos Lobato y Guerrero en 1828, hasta los de Juárez antes de 1867.

⁹ Cfr., *Presencia de Rousseau; a los 250 años de su nacimiento y a los dos siglos de la aparición del Emilio y El contrato social*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962; José Miranda "El liberalismo mexicano y el liberalismo europeo" en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 1959, vol. VIII, núm. 32, p. 512-523; Jesús Reyes Heróles, *El liberalismo mexicano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1957, 3 vols.

En efecto, ese nombre viene de una palabra de origen náhuatl que de "desnudo" designa por extensión a gente poco o mal vestida, como lo estaban sin duda las guerrillas de la chinaca, en oposición al ejército regular vestido de uniforme (diccionario de Santamaría). Según M. González Navarro el mote se aplicó seguramente a los hombres del jefe liberal Alvarez cuando entraron en México después de la revolución de Ayutla (1854-55), mestizos de las tierras calientes y montañosas del Pacífico cuya pobreza y somera vestimenta llamaron la atención de los habitantes de la capital. Después el nombre abarcó a todo el partido liberal junto al de "puros" (los "moderados", cercanos prácticamente a los conservadores) y a otros más locales o momentáneos, como el de "colorados" debido a las camisas rojas de sus partidarios, y en contraposición al verde de los "mochos".

Finalmente, después de la revolución de Ayutla, la Ley Juárez del 22 de noviembre de 1855 repercutió duramente en los fueros del ejército al mismo tiempo que en las exenciones de que gozaba la Iglesia, restando a sus respectivos tribunales lo esencial de las causas civiles que les competían. Se preveía la ulterior supresión de esos tribunales, como lo acababa de decretar esa misma ley en el caso de otros tribunales particulares heredados del virreinato.

Este primer paso fue decisivo —nunca se volvió atrás— y fue seguido por otros varios, sobre todo la Ley Lerdo del 25 de junio de 1856 (que precedía a la constitución de 1857 y a las leyes de 1859): suprimía los bienes raíces de la Iglesia que por lo tanto tenía que enajenar sus bienes —punto esencial— Vinieron después especialmente las de las comunidades indígenas que (por una enmienda) debían repartir sus tierras, pues se pensaba que con el acceso a la propiedad individual, los indios se convertirían en ciudadanos de pleno derecho. Pero había sin duda también, consciente o inconscientemente, objetivos menos confesables en algunos de los seguidores de los liberales: pequeños y grandes propietarios de bienes raíces —¡grandes sobre todo!— esperaban poder adquirir a bajo precio los bienes de la Iglesia, puestos "en libre circulación" y, eventualmente, obligar a los indígenas a trabajar para ellos, privándolos de sus tierras. El hecho es que a pesar de las demandas del constituyente Arriaga, las leyes no alcanzaron a las grandes propiedades de laicos.

Las medidas provocaron una nueva y terrible guerra civil entre "mochos" y "chinacos", combatiendo éstos con pasión por la "Libertad y el Progreso", mientras que los primeros, al grito de "Religión y fueros", llevaban una cruzada contra los impíos. En las filas de unos y otros había también hombres de presa y hasta bandidos que, amparados por el color político, pillaban sea iglesias y conventos, sea los bienes a la vista de los liberales; además, comunidades indígenas de los estados de México, Michoacán, Jalisco, Querétaro, Puebla y Veracruz (1856) se sublevaban contra la aplicación de la Ley Lerdo, mientras que en el estado de Morelos los peones de hacienda reclamaban alzas salariales con las armas en la mano.

Fuertes con los poderosos recursos de la Iglesia mexicana, apoyados en el ejército regular y en las zonas más pobladas y ricas del centro, parecía que los conservadores triunfarían. Pero los liberales contaban con el sostén de los Estados Unidos del Norte que siempre les habían sido favorables. El gobierno liberal de Juárez, reconocido por ellos en 1859 contra su rival, pudo recibir fácilmente las armas y los fondos que llegaban para los "chinacos" desde el norte del país y desde las costas, principalmente. Acosado por el adversario, Juárez tuvo que embarcarse en la costa del Pacífico. A su regreso por mar a Veracruz, donde se encontraba el gobierno liberal, sus aliados lo sacaron de un mal paso al arrestar en aguas mexicanas, como "piratas", a

los barcos que los conservadores habían comprado en la Habana para bloquear la ciudad, ya sitiada por tierra (6 de marzo de 1869). Volviendo a tomar la ofensiva, los liberales dispersaron al adversario en Calpulalpan, cerca de la ciudad de México, asestando al ejército de oficio un golpe del cual no se recuperaría jamás (22 de diciembre 1860). Durante la intervención francesa y la guerra de Secesión, Juárez se enfrentaría a la adversidad esperando el fin de la guerra civil en los Estados Unidos, para recobrar entonces el terreno perdido y alcanzar en 1867 la victoria definitiva del partido de la reforma.

Al margen de este movimiento liberal clásico que dio origen a las leyes de la reforma y que iba a triunfar, existían también en México tendencias que podrían clasificarse como sociales o preagrarias, cuya tradición se remontaba hacia el final de la época española.

Desde 1822, el mexicano Severo Maldonado, traductor de Rousseau, podía escribir: "Americanos, desengañaos, no es la metafísica de la ciencia social, consignada en esos fárragos despreciables llamados constituciones políticas, la que ha de hacer libres a los pueblos; sino la repartición de los bienes, que son los únicos medios con que se conserva, defiende y sostiene la libertad, pues el que carece de ellos, de grado o por fuerza... se arrastra... en presencia del rico que puede socorrerle. La ignorancia... la miseria, ved aquí las dos palancas indefectibles de que se vale el despotismo..." Preveía la división de las grandes propiedades, aun las civiles, y una ley agraria apoyada por un banco cuyo capital se constituiría con los bienes de la Iglesia.¹⁰

Después de Abad y Queipo, las ideas contrarias a los latifundios fueron representadas de diversas maneras por Maldonado, Mariano Otero, Tadeo Ortíz, etc., y encontraron en Ponciano Arriaga su mejor portavoz en las discusiones sostenidas en el Congreso durante la redacción de la constitución de 1857, sin ningún éxito puesto que su intento eran sin duda prematuro en el medio liberal de la época. Pero más que a los juristas o a los teóricos, queremos referirnos aquí a aquéllos, mucho menos conocidos, que obtuvieron localmente algunos resultados prácticos en ese campo.

Tal es el curioso caso de Francisco García, discípulo de Maldonado y gobernador liberal del estado de Zacatecas de 1829 a 1835, sobre el que M. Chávez Orozco ha llamado nuestra atención. Apodado afectuosamente "Tatapachito" por los campesinos, dividió una serie de haciendas entre modestos cultivadores y creó varios municipios libres que parecen estar en el origen de los grupos de pequeños propietarios implantados en el suroeste de esa provincia.

De indigenista se podría calificar a ese general Álvarez ya citado por sus chinacos, mulato apodado "el patriarca del sur", que gozaba de gran influencia entre los indios y campesinos del suroeste (actual estado de Guerrero). Denunciaba sin descanso los abusos y exacciones que sufrían las comunidades rurales a manos de los propietarios y de sus cómplices, las autoridades locales. Defendía sus tierras y sus aguas, se esforzaba en que se les hiciera justicia y a veces se declaraba directamente en favor de los oprimidos en un tiempo en que, privados de la protección de las antiguas leyes, las haciendas despojaban más que nunca a los indígenas. Así pacificó en esta zona, especialmente en 1842-43, los levantamientos agrarios¹¹, tan frecuentes en

¹⁰ Francisco Severo Maldonado, *El fanal del Imperio mexicano*, México, Impr. de LLHH Morán, 1822, vol. II, p. 179.

¹¹ Juan Álvarez, *Manifiesto que dirige a la nación el general Juan Álvarez, con motivo de la representación calumniosa que unos emigrados de la villa de Chilapa hicieron a la augusta Cámara de Diputados en febrero último*, México, I. Cumplido, 1845, 180 p.

otros lugares y tan severamente reprimidos en el siglo XIX, aún por personalidades liberales consideradas generalmente como las más favorables a los indios y a la gente humilde.

Se distinguen en México otras iniciativas de ese género, olvidadas hoy y quizá desconocidas en su tiempo, por parte de algunos hombres cuya residencia o funciones los ponían en contacto directo con la triste realidad de las comunidades campesinas, privadas de tierras en nombre de los grandes principios —generalmente proclamados de buena fe— de la libertad económica y de la igualdad de las condiciones jurídicas.

¿Quién, pues, sostenía en México al partido liberal?

Primero los abogados, que generalmente constituían la gran mayoría de los diputados liberales en la Cámara, en especial en la que votó las leyes de reforma y la constitución de 1857. La mayor parte de los juristas admiraban a los enciclopedistas, a Rousseau, a Adam Smith y a sus continuadores del siglo XIX (sobre todo a Benjamín Constant), así como casi todos los funcionarios y burócratas mal pagados, a menudo también licenciados en derecho; miembros de las profesiones liberales, periodistas; sobre todo los profesores y alumnos de los "institutos" que habían remplazado a los colegios de jesuitas y que eran rivales de los antiguos seminarios de enseñanza obsoleta.

Deberían conocerse mejor esos institutos ya que muchos eran verdaderos centros de irradiación de las ideas liberales, como los de las ciudades mineras de Zacatecas y Guanajuato; también el de Guadalajara, fundado en 1827 por el gobernador Prisciliano Sánchez "oficialmente para propagar las luces" y donde en 1830 un profesor francés, admirador de Rousseau, ese "otro Newton" (opuesto a las glorias "falsas de Luis XIV") exaltaba en un discurso, al mismo tiempo que la nueva pedagogía, todos los grandes principios que serían inspiración del liberalismo mexicano más avanzado; con la supresión de los bienes inalienables, preconizaba ya la escuela para todos, muchachos y muchachas, y la "enseñanza técnica" que haría retroceder la esclavitud propiciada por el atraso de la agricultura y por la ausencia de carreteras.¹² Igualmente, y sobre todo, el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca, por cierto de origen religioso, del que salieron según recuerda Justo Sierra, promociones enteras de jóvenes y ardientes liberales, desde Juárez a Porfirio Díaz, con seis ministros y ocho diputados constituyentes de 1857.

Por eso decía el general francés Lorencez, del cuerpo expedicionario, que había venido a combatir a hombres jóvenes que representaban al porvenir, para defender a viejos y viejas ideas. De hecho, el mejor cerebro del partido conservador, Alamán, había muerto en 1853 y los demás representantes influyentes de esta tendencia eran casi todos gente entrada en años en tiempos de la reforma y de la intervención, como lo hace notar M. González Navarro.

Estos jóvenes liberales de tendencias radicales, calificados entonces como los "puros" en oposición a los "moderados", pertenecían en su mayoría a la pequeña burguesía, casi siempre provinciana y mestiza. ¿Se distinguen de los liberales de Europa, como creen Reyes Heróles y Miranda, por un espíritu particularmente realista, antidogmático y vuelto hacia lo concreto? Poniendo aparte a Juárez, por lo menos nos preguntamos si no fue una cierta inexperiencia la que llevó a algunos de esos liberales a aplicar demasiado literalmente la teoría y las ideas. A ese respecto, habría que saber exactamente quién (¿de los librecambistas?) fue responsable del abandono

¹² Pedro Lissaute, "Discurso pronunciado en la solemnidad del tercer aniversario del Instituto de Jalisco por...", Guadalajara, 1830.

en que cayeron los empeños de Alamán por ayudar a una industria naciente (cuando en los Estados Unidos liberales se procedía muy de otra manera frente a la competencia inglesa). Habría también que comprobar hasta qué punto esos hombres de buena fe aplicaron la legislación en las tierras de las comunidades indias, cuyo efecto fue sobre todo el de librarlas a la codicia de los propietarios. Pero es demasiado fácil, a posteriori, reconocer los errores; esos problemas parecían entonces secundarios junto a los que se referían al poder temporal de la Iglesia, que eran los esenciales.

Otra categoría de los liberales estaba representada por los latifundistas, criollos o no, tardíamente influidos por los enciclopedistas y sus continuadores, a menudo antiespañoles, que seguían la tradición de los hombres "ilustrados" de la independencia. El presidente Comonfort era uno de ellos. Aunque fuera inconscientemente, sus metas no siempre eran desinteresadas puesto que tenían todo por ganar con la secularización de los codiciados bienes del clero. ¿La aprovecharon ampliamente, junto con comerciantes y extranjeros a veces de origen protestante, menos sensibles a las excomuniones de la Iglesia? He ahí un balance que debería hacerse, así como el de las tierras de las comunidades o de las cofradías indígenas que, recién repartidas o puestas en venta, adquirieron ellos y también sin duda (¿en qué medida?) pequeños burgueses mestizos, tenderos, usureros, traficantes de ganado o ganaderos pueblerinos. Estos últimos eran por cierto los más peligrosos para las comunidades porque en lugar de explotarlos desde el exterior, dejándolos subsistir mal que bien al margen de las haciendas, tendían a sustituirlas, a desorganizarlas y a destruirlas, como puede comprobarse a lo largo de la historia y a veces también en nuestros días.

De hecho, uno de los jefes "hacheros" más violento contra el clero fue Rojas, comprador de un sencillo rancho situado en tierras eclesiásticas, en Jalisco. Pero estos modestos compradores mestizos son visiblemente una excepción, siendo seguramente mucho más numerosos, como se verá, cuando se trataba de adquirir bienes urbanos de la Iglesia y quizá también cuando eran tierras de indios.

En tales condiciones, hubiera sido muy difícil tomar medidas contra los latifundios, pues es de imaginarse que los argumentos esgrimidos por pensadores como Ponciano Arriaga tenían poco peso junto a los intereses de los hacendados liberales, algunos de los cuales —según documentos de M. Chávez Orozco— ¡recurrieron al ejemplo de los Estados Unidos esclavistas para justificar el vasallaje de sus peones indios!

Fuera de esos propietarios dispuestos a redondear sus tierras, la secularización de los bienes del clero interesaba también a todos los que deseaban adquirir inmuebles a buen precio, en especial edificios urbanos, y que frecuentemente eran comerciantes, según parece. Estos constituían una clase holgada, relativamente numerosa, que la sociedad criolla y aristocrática hacía de lado (por lo menos en la primera generación), en razón de los prejuicios contra los negocios que conservaban desde que en 1779 habían perdido sus privilegios. Estos comerciantes, que a veces también eran prestamistas, apoyaban el régimen de libertad económica que les permitía importar de Inglaterra y Europa mercancías de excelente calidad a precios ventajosos, al contrario de los industriales y propietarios de las fábricas de tejidos, quienes favorecían el proteccionismo de los conservadores. En un nivel menor, los tenderos mestizos mostraban las mismas simpatías.

Desde la expulsión de los españoles, muchos comerciantes acomodados y mineros eran extranjeros, generalmente de tendencias liberales, por lo menos en relación a los conservadores mexicanos. En vísperas de la intervención francesa, México contaba con diecinueve importantes tiendas de "no-

vedades” pertenecientes a franceses y el resto del país tenía veinticinco, sin contar las otras categorías de negocios. Se encuentran ya ahí los apellidos de familias originarias de la Barcelonnette, que poseen aún hoy grandes establecimientos del mismo género. Su principal periódico en lengua francesa, *le Trait d'union*, era liberal, y es significativo que todos tomen partido, según parece, contra la intervención. Por eso fueron perseguidos por los conservadores y protegidos por Juárez.

La opinión de los súbditos británicos aparece igualmente en un manifiesto dirigido al ministro de Gran Bretaña, que reproduce entre otras muchas, treinta firmas de los principales comerciantes ingleses de México, en el que protestan por las matanzas de liberales y los malos tratos de los cuales ellos mismos fueron víctimas el 11 de abril de 1859, por parte del jefe conservador Márquez.¹³

En aquel entonces el oficio de comerciante obligaba al negociante o a sus empleados a viajar mucho, practicando a veces una especie de venta ambulante. Sus relaciones con los puertos eran frecuentes, sobre todo con el más importante, Veracruz, donde tenían agentes que pagaban los derechos aduanales y encaminaban las mercancías y donde las casas de importación-exportación tenían su sede. Este puerto que vivía sobre todo del comercio con los ingleses, y después con los franceses y los americanos del norte, era por lo mismo la ciudad liberal por excelencia. En épocas de disturbios, constituía un notable triunfo para los liberales a los que acogía gustosamente al igual que Tampico, Matamoros y los puertos secundarios, que contaban con los recursos de las aduanas, cuyos derechos representaron durante mucho tiempo un ingreso esencial para los gobiernos, aunque fueran de tendencias librecambistas.

El partido liberal incluía además mucha gente humilde que no pertenecía a la órbita de la Iglesia, o que quería salirse de ella; sobre todo artesanos mestizos, empleados y miembros de las diversas y modestas corporaciones de oficios de las ciudades y pueblos, a los que habría que añadir en la ciudad de México a algunos obreros y artesanos franceses, liberales de avanzada o socialistas expulsados después de la revolución de 1848. Sería interesante ver en qué medida esta categoría de ciudadanos fue compradora de edificios, tiendas, talleres y otros bienes raíces urbanos de la Iglesia, de la cual algunos eran seguramente arrendatarios.

Además de Veracruz y de los puertos, los liberales disponían de otro triunfo importante: los respaldaban las vastas provincias septentrionales. Estaban relativamente poco pobladas, cierto, y no contaban entonces con ciudades comparables a las del centro, pero su misma extensión era una salvaguarda en un tiempo en que todavía no existían los ferrocarriles. En parte áridas, las recorrían bandas de indios nómadas, inasimilables y peligrosos, pero en vías de extinción desde la mitad del siglo XIX. Los habitantes, casi todos descendientes de españoles y mestizos, eran rancheros semindependientes que practicaban la cría intensiva. Ni siquiera en las grandes haciendas existía el vasallaje como en el sur. Tampoco se encontraban ricos conventos, ni curas bien provistos de rentas. La influencia de la Iglesia era escasa y los hombres del norte eran gustosamente anticlericales. Debido a la lejanía de la capital, tenían a veces mayor relación con los Estados Unidos, cuyo liberalismo promovía imitadores no obstante las incompreensiones entre gente tan diferente y los resentimientos derivados de las recientes pérdidas te-

¹³ “Representación que los súbditos ingleses hacen al Sr. Ministro de S.M.B. en esta capital a consecuencia de los asesinatos hechos en Tacubaya el día 11 de abril...”, México, 1859, 14 p.

rritoriales. En fin, los hombres del norte, de carácter independiente, rechazaban la centralización preconizada por los conservadores. Aspiraban a la autonomía municipal (y provincial), de acuerdo con la vieja tradición española y siguiendo el ejemplo de los Estados Unidos; eran federalistas convencidos, como lo eran los liberales de la ciudad de México.

En las luchas entre conservadores y liberales, el apoyo de los puertos y de la frontera norte representaba para los segundos una considerable ventaja en el abastecimiento de armas y municiones, que Juárez supo aprovechar con la voluntad de vencer de la que no desistió ni en los peores momentos de la guerra.

En cuanto a Yucatán, era mayoritariamente liberal; pero el terrible levantamiento de las poblaciones mayas, que por poco barre con los blancos, lo había hecho extremadamente desconfiado hacia los indígenas.

En este esbozo de la geografía política de México hay que tener en cuenta, finalmente, las zonas de influencia de algunas personalidades fuertes, de caciques cuya autoridad sustituía a la del gobierno y que, en caso de conflicto, ponían los recursos locales al servicio del campo escogido por el amo. Habría que conocer mejor estos pequeños estados dentro del estado, levantar el mapa no siempre efímero (algunas veces duradero). En bastantes ocasiones las luchas entre "mochos" y "chinacos" aparecerían ahí como una especie de guerras privadas. Los partidarios de los segundos no eran menos numerosos que los que apoyaban a los primeros (¡parecería natural que un cacique fuese federalista y no unitario!). En el norte, estaban Canales, Vidaurri —el "centauro" que cambió después de campo—; en el estado de Guanajuato, Doblado; en el de Guerrero, el viejo general Alvarez, mulato y defensor de las tierras de campesinos e indios que lo seguían ciegamente (como en otras partes seguían a Lozada, el cacique "mocho" de Nayarit) y otros caciques chinacos, apenas localizados aún, en el sur del estado de Jalisco, en los de Zacatecas y Sinaloa, en el de Tabasco... es decir, en general, en las zonas de población mestiza.

Un numeroso movimiento liberal cubría pues la mayor parte del país, pero no la más poblada ni la más rica del México central, donde, a pesar de la presencia de partidarios convencidos y activos —la directiva del partido— encontraba sus límites en la influencia de la Iglesia, ligada a la existencia de densas poblaciones indígenas, las cuales no por ser casi extrañas a las luchas, gravitaban menos en su órbita.

El movimiento mestizo, al contrario, era muy importante dentro del movimiento liberal, junto a un sector criollo numéricamente débil pero influyente: rancheros y mineros de las vastas provincias septentrionales, gente de las tierras calientes y de las zonas costeras (casi vacías de comunidades indias), pequeña burguesía de las ciudades, modestos comerciantes de los pueblos de todo el país... que directa o indirectamente, intervinieron en las guerras de reforma mucho más que en la de independencia. De ahí, principalmente durante "la guerra de tres años" (1858-60) que existiese una cierta convergencia hacia el centro en los ataques liberales de la periferia, y las reacciones en sentido contrario de los conservadores.

Pero habría que tener cuidado y no pensar que la creciente participación de los mestizos creara, por sí sola, una fuerte tendencia "indigenista" en el movimiento liberal —con pequeñas excepciones, como por ejemplo un Alvarez—, pues una reacción psicológica lleva a menudo al mestizo a diferenciarse lo más posible del indio con el se codea de más cerca. Frente a este último, la "gente de razón" se solidarizaba habitualmente con el criollo (envidiado, cierto, pero frecuentemente imitado), por lo menos en un tiempo en que se temían levantamientos indígenas que los mismos liberales reprimían severamente.

La intervención francesa y el imperio, contribuirían por rechazo a modificar profundamente la geografía y el equilibrio de las fuerzas políticas presentes. Como durante cualquier ocupación extranjera (aun cuando el cuerpo expedicionario no permaneciera en el país), la francesa no tardó en provocar reacciones populares que convirtieron la resistencia liberal en un verdadero movimiento nacional en contra de una imposición llegada de fuera. El partido conservador mexicano, que parecía haber pactado con el extranjero, quedó comprometido además por la política liberal de Maximiliano, y hasta de sus aliados franceses, que, al reconocer la secularización de los bienes de la Iglesia parecía demostrar ante todos la imposibilidad de volver a la situación anterior. La notable tenacidad de Juárez y su voluntad de vencer, en una situación que al principio parecía desesperada, le permitieron esperar el final de la guerra de secesión, emprender la reconquista del país y llegar a la victoria final de 1867. El partido conservador no existía ya en su forma tradicional. El triunfo de las ideas liberales sería decisivo para el porvenir de México.